

EL MALOGRADO LAVADERO DE MARANCHON

Vio su luz a primeros del siglo XX entre el año 1905 al 1915, no se llegó a inaugurar y por supuesto no se utilizó, pero quiero contarles a los Maranchoneros los recuerdos del mismo que todavía quedan en mi memoria. Cuando éramos niños íbamos a merendar al jardín del lavadero nuestra media onza de chocolate de las de la “perra gorda” con pan que no era cualquier cosa. Nos juntábamos 4 amigos y nos dedicábamos a hacer fechorías que se nos ocurrían sin saber si hacíamos bien o mal.

Se entraba por una puerta al Jardín cruzándolo se accedía a un gran patio donde estaban los tendedores y dos depósitos con 60.000 litros de agua cada uno. Bajo una cubierta se construyeron más de 60 pilas de obra con sus apartados para echar la ropa en lejía, lavar y aclarar cada pila y cada pocillo de la lejía tenía su grifo con agua corriente.

El edificio era una nave rectangular con cuatro ventanales dos a cada lado de los muros por donde entraba una gran claridad y las pilas se distribuían a lo largo de los muros dejando un pasillo entre los muros y las pilas. También pegado a la nave se edificó una casa para los empleados del Lavadero que se encargarían de su mantenimiento.

Ver dibujo a mano alzada:



Como decía al principio esta obra pública nunca se utilizó no recuerdo si se inauguró, las puertas estaban abiertas pronto fue lugar de juego para los niños, entraban gallinas y recogíamos los huevos que ponían, la gente le dio utilidad guardando corderos que nosotros nos encargábamos de hacerles correr y si había algún “mureco” nos montábamos cual “cowboys”. Comenzó su declive durante la guerra civil pues el ayuntamiento lo utilizó como refugio para los soldados que al menos tenían un techo donde cobijarse, pasada la guerra el ayuntamiento lo alquiló a los carniceros para guardar los corderos que luego pasarían por el matadero que se encuentra a escasos cien metros.

Por último fue alquilado a Marcelino Villavieja donde guardaba ovejas y gallinas.

Una tarde de primavera entramos cuatro mosqueteros llamados: Miguel Oter, Clemente Atance, Gregorio Leal y el que suscribe al gallinero cogimos los huevos del nidal y nos dedicamos a jugar con ellos al “palo ciego” ¡gran tarde aquella!

En el lavadero nunca se lavo poco a poco se fue destruyendo hasta que no quedó piedra sobre piedra hoy al entrar a Maranchón desde Madrid podemos ver los olmos que han ido creciendo sobre sus piedras y solamente quedan los recuerdos de los que un día fueron niños y hoy son viejos.

Alejandro Atance Anchuela